

El autor de estas páginas no se halla en el ánimo de
trayérselas á la vista de la obra de presentarse al
lector en un país donde tan recientemente ha lle-
gado.

Pero de quince años á esta parte compito en las filas de
la prensa americana, y he visto y oído en sus páginas é inter-
ses de la vida humana. Durante todo ese período he seguido
de cerca la marcha de los acontecimientos en el Nuevo
Mundo, y se ha visto constantemente luchando á ocupar
de un lado las ideas de los filósofos de las ciencias que á
el se refieren. He presenciado el apogeo y la decadencia
de la gran república norteamericana. He visto testar y
dicho de la educación colonial en que la Unión se ocupa
de preparar por decirlo así, y he visto en que se le ve
avanzar. He visto por último, en espíritu de penetrar
se intensamente de las grandes ideas y de las nobles in-
dices que presiden á la política de la América en este con-
tinente.

He creído que tales ideas debían ser dadas á conocer
al público en un momento en que nada es más útil de cuanto
pueda haber á presentarse en un momento tan crítico.

En todas las cosas de este mundo—ora sean obra de la
naturaleza, ora lo sean de la mano del hombre—hay un
periodo de alumbramiento y elaboración lleno de incerti-
dumbres, y hasta de angustias dolorosas á menudo. El ár-
bol no da en un día sus frutos; el monumento ideado por
el arquitecto no se levanta sino tras años de labor; el hom-
bre no llega á la plenitud de su vitalidad sino al través de
las largas y dudosas fases de la infancia y la juventud.

I.

Esta ley de gradual desarrollo se aplica á todo; no hay
ley mas universal ni absoluta. Rige los hechos del orden
moral no menos imperiosamente que los del material; la
vida pública como la privada, y á las comunidades como á
los individuos. Y, mientras mas grande, fuerte y durable
debe ser lo que se trata de crear, mas lento y penoso es el
trabajo preparatorio, más sacrificios impone y mayores an-
siedades provoca.

Secundar ese trabajo por medio de un esfuerzo mesura-
do é inteligente, sobrellevar con fortaleza sus lentitudes y
sus pruebas y aguardar sus resultados con paciente con-
fianza en el porvenir, es el único medio de asegurar su
progreso y de darle toda su fecundidad. Querer, por el
contrario, precipitar sin medida su marcha, cambiar á cada
instante su direccion so pretesto de apresurarlo, tratar de
sustituir la accion de la violencia á la del tiempo, es pre-

parar un aborto inevitable, atrasar la consumacion de la obra y hacerla diez veces mas laboriosa si no imposible.

El error fatal que ha cometido México y cuya hora de reparacion ha sonado, ha consistido precisamente en lanzarse en el segundo de estos sistemas, en carecer de perseverancia y en buscar el progreso en el cambio.

Cuando hace cuarenta años, convertido en árbitro de sus destinos á consecuencia de una lucha heróica, tuvo que escoger su via, no supo hacerlo con la tranquila y razonada determinacion que se propone un fin y marcha imperturbablemente hácia él sin dejarse vencer de los obstáculos ni desalentarse en los momentos críticos. Creyendo que su conquistada independenciam debía darle instantáneamente la grandeza en la libertad, no tuvo ya respecto de sí mismo á otro día de la victoria la constancia que habia desplegado en el combate. Irritóse de no poder alcanzar en su primer impulso, el ideal que habia soñado, y se persuadió, ó se dejó persuadir, de que tenian la culpa de ello los hombres á quienes habia puesto á su cabeza. ¡Impaciencia generosa en el fondo, pero que, no por serlo debía conducir menos á las mas funestas consecuencias, apartando á la nacion del ya abierto camino para lanzarla en los azares y aventuras de sendas trasversales en que no haria otra cosa que estraviarse cada dia mas! Veinte veces creyó salir de ellas cambiando de guia y direccion; veinte veces pagó cada momento de esperanza con nuevo desengaño, y no podia ser de otro modo.

Desde el punto, efectivamente, en que un pueblo ha dejado crear en su seno grupos de hombres acostumbrados á especular con su versatilidad, los ciudadanos mejor intencionados pierden toda facultad de obrar bien. Si por ventura llegan á empuñar las riendas del gobierno, es para vérselas arrebatarse casi inmediatamente, por las manos interesadas en perpetuar el desorden público.

Impulsada sin tregua y crecientemente por el ardor febril que una vez la hizo desviarse del camino recto; aniquilada por los padecimientos y desengaños que sufre; no sabiendo ya qué creer ni en quién confiar, la masa de la nacion acaba por dejarse caer con una especie de indiferencia desesperada, en brazos del primer aparecido que la gana, sorprende ó esclaviza.

A este punto habia llegado México.

Ahora bien; un pueblo, cuando llega á ese grado de abandono de sí mismo, no halla probabilidades de regeneracion y salvacion sino en un elemento gubernamental del todo nuevo, que le ofrezca punto de union, le rehabilite á sus propios ojos al mismo tiempo que á los del mundo, disuelva las banderías rivales que alternativamente le dominaban, y las obligue á volver al seno de la nacion reconstituida desde la base hasta la cima.

En la situacion dada, este elemento tutelar no podia venir ya sino del exterior. Buscarlo en el interior habria sido esponerse á ciencia cierta á ver abrirse de nuevo sin cesar el abismo de lo pasado. No podia, al mismo tiempo, presentarse sino bajo la forma de un régimen definitivo, cuya permanencia cortase de raiz las agitaciones ambiciosas que todo poder de limitada duracion fomenta en torno suyo.

El Imperio, trae, pues, á México su salvacion en las condiciones únicas en que era posible su salvacion en lo sucesivo.

Diversas causas han contribuido á prolongar mas allá de las previsiones la primera etapa que debía conducir á aquel fin: por una parte la resistencia de intereses egoistas y personales ambiciones que preven que va á acabar sin remision su reinado; por otra parte prevenciones exageradas ó erróneas, respetables, con todo, en lo que tienen de sincero; acaso tambien errores inevitablemente cometidos, y en los cuales han hallado los malintencionados pretexto para

fomentar la mala inteligencia: circunstancias puramente accidentales han tenido parte, asimismo, en la demora. Como quiera que sea, el periodo que debia preparar el porvenir queda felizmente salvado, y las mismas lentitudes que en él hubo, no dejan de haber tenido su lado bueno, puesto que han traído al pueblo mexicano al sentimiento de aquella ley de marcha progresiva de que acabamos de hablar y que habia perdido de vista. El pueblo ha podido convencerse de que una obra seriamente concebida, no por dejar de improvisarse en un dia ni por hallar obstáculos imprevistos ó atravesar horas de aparente vacilacion, llega menos á su fin.

II.

La inauguracion del Imperio trae consigo desde luego dos grandes resultados:

○ Pone fin al régimen provisional instalado hace un año.
○ Demuestra con la autoridad del hecho consumado, que la intervencion francesa no tenia otro móvil ni otro objeto que el enteramente desinteresado que desde un principio proclamó.

Este doble hecho está llamado á ejercer influencia inmediata, tan decisiva cuanto feliz, destruyendo las dudas que alimentaba el pusilánime espíritu de algunos, y haciendo callar las suposiciones que propagaba la malevolencia de otros. Desde ahora es dable palpar sus efectos en la nueva corriente de ideas que se manifiesta desde que fueron sabidas oficialmente la aceptacion definitiva del trono por S. A. I. el archiduque Maximiliano, y su próxima llegada á tomar posesion del gobierno. El pais sale, con vi-

sible consuelo, de la prolongada equivocacion que ha sido, en sustancia, la gran dificultad de la situacion de un año acá.

Tal equivocacion se referia á uno de estos dos puntos. Muchos rehusaban creer en la ausencia de toda segunda intencion en la política de la Francia; número todavía mayor de gentes se preguntaba si se debia considerar á la administracion provisional, establecida por la fuerza de las cosas, como la última espresion del régimen que la intervencion traia á México.

El primero de estos errores alarmaba las legítimas susceptibilidades del instinto nacional; el segundo oscurecia el horizonte del nuevo órden de cosas. Uno y otro hallaban su fuente en esa impaciente disposicion del espíritu público, que le hace tomar el momento actual por único punto de mira.

Con mayor hábito de llevar la vista mas allá de lo que pasa para sondear lo que se prepara, el pueblo mexicano habria comprendido que la Intervencion, al instalar la Regencia, nunca entendió ni podia entender que la convertia en espresion ó punto de partida de un sistema político definitivo. Su único objeto habia sido ilustrar y tranquilizar el sentimiento nacional, dejando la direccion de los negocios bajo la bandera mexicana, de modo que mostrase que no venia á imponer al pais ni una conquista extranjera, ni un régimen colonial. Esta idea habia sido comprendida desde luego. Pero se habia contado con un periodo de transicion apenas sensible; y á que seguiria de cerca el prometido porvenir. En presencia de los retardos de fuerza mayor y de diversa naturaleza que ha sufrido la realizacion de las esperanzas concebidas, una vaga inquietud fué gradualmente reemplazando la confianza del primer momento. A medida que el tiempo trascurió, fué haciéndose tanto mas viva cuanto que no faltaban gentes interesadas en explotar la ansiedad pública, induciendo á creer en un desengaño

calculado, tras el cual habrían querido hacer entrever un desenlace amenazador á la independencia del país.

El mismo gobierno interino no podia dejar de resentir las enojosas consecuencias de esa larga dilacion para la cual no estaba preparado. Colocado en cierto modo en la situacion como una simple piedra de enlace, su accion se hallaba estrictamente limitada á las medidas de urgencia cotidiana. No le era permitido tomar iniciativa alguna en las vitales cuestiones cuya solucion casi instantánea habia esperado el pueblo. Complicaciones inevitables tenian al cabo que surgir de ese estado de cosas que ni era ya el pasado ni podia ser todavía el porvenir. Aparecieron, en efecto, y vinieron á dar creces al progresivo malestar de la opinion.

Las interpretaciones que se procuraba difundir acerca de la inesperada duracion del *interim*, hallaban, por otra parte, ánimos prevenidos y malaventuradamente inclinados á admitirlas, en razon de la persistencia que ha habido en negarse á creer que la expedicion de México no ocultase algunas miras ambiciosas de la política francesa.

Injusto seria dirigir por ello un reproche á la nacion mexicana, cuando este modo de ver ha sido constantemente el de una gran parte de la Europa, y cuando en la misma Francia se empieza apenas á comprender la vasta y fecunda política del Soberano. La guerra de Crimea y la de Italia habrían debido, sin embargo, enseñar á juzgar mejor la elevacion de miras y la profunda y perseverante prevision que guian al Emperador de los franceses y que en él se sobreponen á las mezquinas y egoistas combinaciones del interes inmediato. Esta política de inmensa trascendencia, que sin cesar va buscando el porvenir mas allá del presente, es, en verdad, cosa del todo nueva, y precisamente á causa de ello hace fracasar las apreciaciones comunes. Pero aquí la idea resaltaba hasta tal punto en su

grandeza, y era tan perceptible en sus consecuencias, que hay razon para sorprenderse de la obstinacion con que se ha querido hallar en otra parte el pensamiento íntimo y la significacion de la empresa.

Nada mas sencillo en efecto.

El genio perspicaz y la mano enérgica que han vuelto á formar el haz deshecho de la raza latina en Europa, han querido completar su obra, levantando esa misma raza en el Nuevo Mundo al rango que le pertenece. Para ello preciso era ante todo detenerla en la pendiente por donde iba á su ruina; sacarla de la anarquía que amenazaba convertirla el dia menos pensado en fácil presa de sus adversarios; crearle un centro de union á cuyo derredor pudiera venir á agruparse á fin de recobrar fuerza y nueva vida. En esto reside todo el secreto de la intervencion en México y de la creacion del Imperio. Quien quiera que sepa leer en los acontecimientos y seguirlos exento de toda preocupacion, ha podido convencerse de ello de largo tiempo atras.

Amargamente es de sentirse que la penetracion de lo que decimos no haya venido antes; pero al presente, al menos, á nadie es ya lícita la duda. En la actualidad se sabe que, lejos de pensar en la esclavitud de México, la Francia ha querido únicamente ponerlo en aptitud de presidir á la gran labor de la regeneracion hispano-americana. La ruta queda abierta; el guia llega; la nacion, devuelta á sí misma no tiene que hacer otra cosa que rodearlo y seguirlo confiadamente para asegurar el buen éxito.

vez mas difícil de llenar. Con arbitrarias contribuciones que á un mismo tiempo acaban con las relaciones exteriores y con la produccion y el comercio indígenas, el erario mexicano habia llegado al extremo de no ser ya conocido en el exterior sino por las reclamaciones acumuladas en contra suya.

La decadencia política ha caminado paralelamente con todo lo demas. Estaba reservado á México ofrecer el raro y contradictorio espectáculo de un país en que el elemento militar daba la ley, y que, sin embargo, no tenia ni ejército ni marina en estado de hacerlo respetar en el exterior. Aun en el continente americano, donde estaba llamado á ocupar el segundo rango cuando menos, México habia dejado de figurar como potencia. Las que no codiciaban una parte de sus despojos, lo dejaban desdeñosamente á un lado, presa de sus disensiones intestinas, sabiendo que estas le impedían darse á temer, y no teniendo ya motivo alguno para solicitarlo.

No queremos llevar mas adelante el bosquejo de este cuadro aflictivo, en que la vista encuentra por todas partes la decadencia. Lo hemos evocado, preciso es repetirlo, por haber sido necesario á nuestro objeto y no por vana complacencia de sacar á plaza entristecedoras imágenes. Todavía menos, repitámoslo tambien, pretendemos hacer surgir una idea de responsabilidad especial y erigirnos en acusadores de un hombre ó de un partido cualquiera. En esa labor de desorganizacion y de ruina, que dura desde hace cerca de medio siglo, sin tregua casi, la inesperienza, las circunstancias, las irreparables consecuencias de un primer error, han entrado por la mayor parte. Si tales ó cuales hombres han hecho lo demas, nuestra mision actual no es la de juzgarlos. Nos limitamos á hacer constar resultados patentes á todo el mundo, preocupados tan solo de la manera de aplicarles remedio.

IV.

El remedio, lo hemos dicho—se halla en un gobierno estable, y no podria hallarse fuera de él. Respecto de este punto, al menos, está de acuerdo todo el mundo.

A los que apegándose á la ilusion de una palabra, sienten que el título de República desaparezca del frontispicio de la historia mexicana, preguntaremos si en su conciencia y entender la República podia dar al país esa estabilidad que ha llegado á ser la suprema condicion de su salud.

Les preguntaremos aun mas.

¡Califican con entera sinceridad de República esa anarquía perpetua en medio de la cual se cuenta apenas un gefe del ejecutivo regularmente electo, que haya sido reconocido por el país todo, ó á quien sus rivales hayan dejado llegar al término normal de sus funciones? ¡Creen sinceramente que importe un golpe al principio republicano la cesasion de ese juego del "Presidente destronado," en que el gobierno pasaba de unas manos á otras sin que la comunidad tuviera que ver en ello? ¡Es, sobre todo, sincera su aficcion al ver que se pone fin á un estado de cosas en que la vida, la libertad y la propiedad de los ciudadanos habian perdido toda seguridad; en que la fortuna adquirida y los servicios hechos al país no contaban con la menor garantía; en que las poblaciones habian llegado á ser juguete del azar y de las miras particulares de un corto número de individuos; en que, por último, la única ley era casi siempre el capricho de los poderosos del dia?

¡No! La República es otra cosa que esta sucesión caprichosa de gefes proclamados por sí mismos ó derivando su mandato de un simulacro de elección que los condenaba á ser instrumentos provisionales de un partido, en vez de ser los administradores del bien público.

De la República no ha conocido México sino el nombre y la sombra; ó, mas bien, ha tenido de ella precisamente lo necesario á suministrar á los ánimos inquietos la ocasión y el pretexto de incesantes agitaciones.

La inauguración del Imperio no le quita, de consiguiente, aquello que jamás ha tenido. Diremos más: el Imperio le trae, de hecho, lo que constituye la esencia de la República en la acepción pura de esta palabra, y lo que la República nominal bajo la cual ha vivido hasta aquí, no supo darle.

La trae la libertad mas verdadera, sólida y preciosa de todas las libertades: la que encuentra cada ciudadano bajo la égida tutelar de una ley sola, precisa y definida, igual para todos, y que todos están seguros de hallar mañana tal como era ayer.

Con la garantía de la facultad de recurrir á la ley; con el poder civil vuelto de un modo permanente á su esfera legítima; con la magistratura restablecida en su autoridad inviolable y en su normal jerarquía, es libre un pueblo, sea cual fuere la forma exterior de su gobierno. Fuera de estas condiciones, no lo es jamás, porque fuera de estas condiciones no hay mas que la arbitrariedad, cualquiera que sea el título de que se la quiera revestir.

A esa libertad primordial, en efecto, se ligan cuantas constituyen la plenitud de los derechos del individuo en la comunidad: la libre disposición de su persona, de su trabajo, de sus bienes; la independencia en las relaciones de los ciudadanos entre sí y en las que tienen con el poder; el recurso contra la injusticia; la facultad de defen-

der respecto de todos y contra todos sus inmunidades naturales como tambien su posición social.

Las libertades políticas son, á su vez, la consecuencia mas ó menos inmediata, mas ó menos gradual, pero infalible, de la libertad civil. Esta, desde el momento en que queda asegurada, trae consigo la participación de cada ciudadano en las cuestiones públicas, bajo la forma de libre discusión personal desde luego, y despues por el intermediario de la representación nacional.

En una palabra, el régimen de la legalidad, desde el momento en que se halla firmemente establecido, reasume en sí mismo todas las garantías colectivas y particulares, trazando á cada uno sus derechos y sus deberes por medio de una línea que nadie puede traspasar impunemente y que todos están en aptitud de hacer respetar.

Obramos, de consiguiente, con estricta verdad, asegurando que el Imperio dará al país lo que jamás le dió la República, y esto no solo bajo el aspecto social, sino tambien bajo el político.

Las palabras pronunciadas por el nuevo gefe del Estado al aceptar definitivamente la corona, constituyen una prenda formal á este respecto. Pero, aun fuera de tan solemne declaración, lo que acabamos de decir, brota de la naturaleza de las cosas con fuerza tal, que no necesita aguardar la autoridad de una confirmación oficial.

Napoleon III ha dado á la palabra *Imperio* nueva significación que nada podría ya quitarle. Este título, que antes implicaba la idea esclusiva de gobierno absoluto y sin responsabilidad, implica en lo sucesivo, donde quiera que surja, la íntima alianza del principio democrático y progresivo de los tiempos modernos con el principio conservador de la estabilidad gubernamental. El ejemplo dado por la Francia desde hace doce años, es un precedente destinado á convertirse por su potencia moral en regla general y obliga-

toria del mundo entero. Ya hemos visto al Austria arrastrada á seguirlo, otorgando á sus poblaciones franquicias parlamentarias que les habia obstinadamente rehusado. La misma Rusia asombra al mundo entrando á grandes pasos por esta vía que parecia estarle cerrada para siempre. En América, el Brasil imperial acaba tambien de suministrar la medida de lo que puede realizar una monarquía cuerda, decretando sin convulsiones la abolicion de la esclavitud, que la república de los Estados-Unidos está aún por conquistar, al precio de una revolucion que acaso importe su ruina.

La parte tomada por el Emperador de los franceses en la fundacion del Imperio mexicano, y la voluntad nacional de que el archiduque Maximiliano ha querido derivar su mandato, imprimen á la nueva era que va á abrirse, un sello de origen cuyo sentido no podria ser dudoso á espíritu alguno de buena fe. Un régimen fundado en tales bases no puede ser un régimen retrógrado, enemigo de las libertades públicas. Su papel, trazado de antemano, es, por el contrario, el de cimentarlas y estenderlas, estableciendo entre ellas y el reinado del orden, la armonía sin la cual son palabra vacía de sentido.

V.

Las discordias civiles han dividido á ciertas partes de la nacion en campos hostiles, y al resto en grupos recelosos, acostumbrados á vivir en natural y constante desconfianza. Trátase, ante todo, de aproximar unos á otros esos elementos, convertidos casi en heterogéneos, y traerlos á que se fundan en un todo, para reconstituir la union nacional.

Ardua y delicada es la tarea; pero acaso su dificultad se exagera, y exige menor esfuerzo del que se teme para ser llevada á feliz término.

Por el solo hecho de que en nada se liga al pasado, el Imperio ofrece á todos un terreno neutral, donde pueden encontrarse de nuevo sin sacrificio de amor propio ni de principios, si no para tenderse la mano desde luego, al menos para discutir lealmente los motivos de sus disidencias. Traéles, ademas, un árbitro ilustrado dispuesto á prestar oido imparcialmente á unos y otros, y cuya divisa, adoptada de largo tiempo atrás, les promete "la equidad en la justicia."

Dáse á entender que tal ó cual partido se rehusará aun á esa aproximacion preliminar, ó le pondrá condiciones de antemano inaceptables. Puede que así sea en el primer momento, porque pasiones que están en efervescencia de tantos años atrás, no se calman de un dia á otro. Pero solamente los malos ciudadanos podrian persistir en tal actitud cuando el nuevo gefe del Estado haya hecho comprender que no exige del pueblo sino aquello que él mismo le trae: cooperacion sincera y consagracion ilimitada al bien público. Llegando con la firme intencion de no ver en nadie enemigos, sean cuales fueren los antecedentes, tendrá derecho á esperar de parte de todos la suspension de sus recíprocas hostilidades y una franca tentativa de transaccion. Su primer palabra será para pedirla.

Esta invitacion tendrá en sus labios un sentido y un carácter enteramente nuevos, puesto que no se dirigirá ya, como hasta aquí se hizo, á ciertas categorías sociales, ni mucho menos á ciertas individualidades particulares, sino á la masa toda de la nacion, sin distincion ni escepcion de especie alguna. El Imperio llamará á sí á todo el mundo, con tanta mayor autoridad, cuanto que con nadie tiene que tratar. Ahora bien: un ejemplo ilustre y decisivo ha de-

mostrado cuán poderosa palanca, cuán seguro auxiliar es el pueblo para el soberano que sabe hallar el camino de su confianza, dándole la suya y apoyándose directamente en él.

Cimentando su gobierno en esta ancha base, es como Napoleón III ha podido atravesar las horas más críticas de su reinado, sin dejar de ser dueño de su política, y sin tener que preocuparse de las influencias especiales que antes de él entorpecían á cada paso la marcha del país, á causa de la necesidad de capitular con ellas. Hechas á un lado por esa atrevida é inteligente iniciativa, las banderías que se habían acostumbrado á considerarse como rodajes indispensables, se han visto en la alternativa de aceptar á perpetuidad un aislamiento estéril y sin gloria, ó de fundirse poco á poco en el gran movimiento público, para tomar en él su papel normal. Sábese cuál ha sido el resultado.

Lo mismo sucederá en México.

Acaso no se deba contar con un movimiento tan espontáneo en respuesta al primer llamamiento. De tanto tiempo atrás la mayoría de la nación ha abdicado toda participación en la vida política, que deberá experimentar un momento de sorpresa y vacilación al verse llamada á ella otra vez. Pero la apática indiferencia en que parece haber caído, se deriva esencialmente de la inestable y precaria condición en que lleva tanto tiempo de vivir. En un estado de cosas en que nunca se está seguro del día siguiente, fácil es concebir que los ciudadanos pacíficos se curasen poco de mezclarse en acontecimientos que no tenían probabilidad alguna de dirigir, y cuando el único resultado de su participación en ellos habría sido quedar comprometidos á las cuantas horas. La prudencia había convertido la abstención en regla de seguridad personal, radicada gradualmente en las costumbres. Pero con la desaparición de las causas que la habían producido, esta situación moral debe modificarse rápidamente. A la voz del soberano, anun-

ciándole una era nueva, el pueblo mexicano desechará su indecisión con tanta mayor presteza, cuanto que el lenguaje que oiga, ejercerá en su vivaz y móvil naturaleza la influencia de lo imprevisto.

Al lado de este despertamiento social, aparecerán incontestablemente resistencias y abstenciones sistemáticas. Los partidos extremos que el Imperio viene á poner bajo el pie de la igualdad ante la ley, no abdicarán sin un posterior esfuerzo la esperanza de aniquilarse mutuamente, que la antigua anarquía les permitía conservar siempre. Creemos, con todo, que los más obstinados todavía, presto comprenderán que nada tienen que ganar y que tienen que perderlo todo en una lucha desigual ó en la ostentación de un enfado pueril contra un régimen resuelto á pedir su fuerza y su libertad de acción al apoyo general, y no á tal ó cual alianza de partido.

Los que heridos en lo que consideran como las tradiciones inviolables del pasado, creen tener derecho á un enderezamiento, verán que el más seguro, ó más bien el único medio de obtenerlo, consiste en ayudar al soberano en su tarea reparadora, y ponerle lo más pronto posible en aptitud de hacer respetar la justicia hácia todos.

Los que colocados en el extremo opuesto no creen posible el progreso sino por medio del trastorno, reconocerán que la primera condición de las reformas durables, estriba en un poder bastante fuerte para garantizar su desarrollo gradual é impedir las reacciones.

Los unos hallarán en la satisfacción dada á sus reclamaciones legítimas, la compensación de los sacrificios que puedan imponerles las necesidades del tiempo y la fuerza de los hechos, irrevocablemente consumados.

Los otros se verán obligados á admitir que la revisión de ciertos actos que adolecen de violencia ó de abuso, resulte, en definitiva, en provecho de los principios de pro-

greso, depurándolos y ratificándolos por medio de una sancion legal.

Si algunos, sin embargo, cerrando los ojos á la evidencia, persistiesen en pedir al Imperio ó el ciego restablecimiento de las cosas del pasado, ó su destruccion brutal, no tardarian en convencerse de que la moderacion no escluye la firmeza en un gobierno resuelto á adoptar por única regla de conducta la medida exacta de lo que exige el verdadero interes general.

No llegarán allá las cosas; tenemos la persuasion íntima de ello. El peso de la opinion, prontamente adherida al nuevo gobierno por la confianza en sus intenciones, bastará para imponer silencio á las pretensiones inmoderadas que desde luego pudieran surgir. Pero, llegado el caso, importa que se sepa que el gefe del Estado se halla resuelto á hacer respetar de todos los partidos indistintamente, el programa de transaccion que les haya trazado. La energía que tenga que desplegar á este respecto, no deberá ahorrarle menos las maquinaciones ocultas que las rebeliones abiertas. Dejar seguir la turbacion en los ánimos, es una debilidad muy poco menos peligrosa que tolerar la perturbacion violenta de la paz pública. El gobierno, guardian tutelar de esta, debe desde sus primeros pasos, hacer á un lado cuanto pueda comprometerla, por medio de la conciliacion si esto es posible, ó por medio del rigor si llega á ser necesario.

VI.

El trabajo de fusion que trayendo la buena armonía entre las clases todas, debe al mismo tiempo asegurar la calma moral y la tranquilidad material del país, marchará,

necesariamente al par con la reorganizacion general á que se consagrará sin dilacion el Imperio.

Uno de los errores que han causado la desdicha de México, ha sido creer que la marcha toda de una nacion está subordinada á la solucion de tal ó cual cuestion especial, y que mientras dicha cuestion se halla pendiente debe absorber por completo la vida pública. El nuevo régimen demostrará lo contrario, llevando adelante la solucion de las dificultades políticas del momento y la inmediata formacion de las bases permanentes en que trata de asentar el edificio del porvenir. Con ello librará al espíritu público de una agitacion estéril para lanzarlo á una actividad fecunda, lo sustraerá al imperio esclusivo que han ejercido en él las pasiones ó las preocupaciones de partido, para orillarlas á la obra del progreso práctico; por último, restablecerá en su conjunto el mecanismo social, á fin de que las ruedas todas recobren en él con su lugar y objeto normales la perdida costumbre de funcionar de acuerdo. Este es el medio mas sencillo y al mismo tiempo mas seguro de que todo vuelva insensiblemente al orden, y de restablecer un movimiento general que arrastre consigo todos los obstáculos secundarios.

La situacion en que el Imperio halla á México es debida, en efecto, casi esclusivamente á la confusion establecida entre los elementos constitutivos del gobierno. En vez de la accion regular y colectiva que deben ejercer el Clero, la Magistratura y el Ejército bajo la direccion y vigilancia del Ejecutivo, estos poderes habian llegado á un estado permanente de antagonismo en que cada cual procuraba la supremacía para sí solo. Así es cómo se daba vueltas en un círculo vicioso, de donde habia llegado á ser imposible salir, siendo impotente el partido victorioso del día, cualquiera que fuese, á restablecer el equilibrio político roto por la misma victoria.